

*Arturo Oropeza García\**

---

---

## **Latinoamérica: El futuro de la Memoria o la Memoria del Futuro**

**SUMARIO:** I. El Rescate de la Memoria. II. El Reconocimiento del Mérito. III. Comentario final. VI. Bibliografía.

*“América Latina no es un ente ni una idea.  
Es una historia, un proceso, una realidad  
en perpetuo movimiento y cambio continuo.”*

*Octavio Paz*

### **I. El Rescate de la Memoria**

La oportunidad de volver a mirarnos en el espejo de nuestra historia, que se provoca ante la ineludible efeméride del Bicentenario de nueve gestas independentistas de América Latina (Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, México, Paraguay y Venezuela), nos lleva a revivir la imagen de una Latinoamérica que en la mayoría de los casos se dibuja como fracasada; de permanentes problemas políticos, económicos y sociales.

Abundan las opiniones que ante el obligado recuerdo de lo sucedido a lo largo de estos 200 años, parecieran disculparse ante el mundo de lo actuado por un grupo de países que en este periodo de gestación, no han dado más que pobres exhibiciones políticas y malos resultados económicos. En medio de la coyuntura, un sinnúmero de expresiones no dudan en cuestionar las razones del Bicentenario y ante la fútil pregunta de ¿qué festejamos? ¿hay algo que festejar?; en dos o cuatro palabras comprimen doscientos años de historia, y con una pluma borran los nombres, las gestas y las historias de la memoria de la región. Hay incluso quien en esta celebración del pesimismo señala “¿y si América Latina ya no existe “? ¿si fuera un espejismo, la obsesión de unos cuantos políticos, una

\* Arturo Oropeza García, Doctor en Derecho e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Arbitro No-Nacional por parte de Brasil dentro del mecanismo de Solución de Controversias del MERCOSUR. Autor de diversas obras sobre Derecho Económico e Integración Económica.

ilusión, la huella de un ideal extinto, una trampa, un hueco, un fantasma o un zombi, una mentira piadosa, un simple sueño? ¿y si de pronto descubriéramos que, en vez de un rutinario examen de salud, América Latina requería de una autopsia? ¿y si América Latina solo fuese, para decirlo dramáticamente, un cadáver insepulto?.<sup>1</sup>

Para desgracia de este tipo de visiones, la realidad todavía no es enterrable. Sin embargo, la desilusión que priva sobre los resultados obtenidos por América Latina desde su nacimiento, como una región de Estados nacionales e independientes (su nombre aparece por primera vez en 1835\*) tampoco es nueva. Desde antes de 1810, con los precursores de los movimientos de independencia, hasta nuestros días, las voces del desánimo y la desilusión se han hecho presentes de manera permanente ante la difícil conciliación entre lo deseado con lo obtenido, en cada una de las etapas que se han tenido que sortear desde el desprendimiento de cuatro entidades políticas (Nueva España, Nueva Granada, Virreinato del Perú y Río de la Plata) administradas por la monarquía española, hasta la integración de 33 naciones que hoy componen la región de América Latina y el Caribe.<sup>2</sup>

Desde 1835, el político argentino Rufino de Elizalde declaraba que “América independiente es una entidad que no existe, no es posible constituir por conspiraciones diplomáticas..... no puede formar una sola entidad política, la naturaleza y los hechos la han dividido.”<sup>3</sup> Por su parte, casi un siglo después, en 1948 el escritor y excanciller mexicano Jaime Torres Bodet nos aleccionaba que “Desde la convocatoria de Bolívar hasta 1889, el panamericanismo ofrece una antítesis dolorosa. Por una parte, una altísima idealidad de propósitos. Pero, en contraste con aquellos propósitos, un estado de indiferencia, cuando no de recelo o de hostilidad entre muchas de nuestras repúblicas”.<sup>4</sup>

Efectivamente, nuestro sentimiento de frustración con lo obtenido no es nuevo; nos acompaña desde nuestro origen como región y se presenta por lo menos desde 1780, cuando Tupac Amaru II habiendo reunido un ejército de liberación de ochenta mil hombres a fin de crear una nueva sociedad igualitaria entre blancos y no blancos, fue derrotado por ejércitos españoles de Buenos Aires y Lima, obligándolo a presenciar el asesinato de su mujer y su familia, antes de cortarle la lengua y atarlo de pies y manos a caballos que al galopar en direcciones opuestas lo desmembraron; llevando las partes de su cuerpo ensangrentadas, clavadas en picas, por diversos pueblos de la región, a fin de

<sup>1</sup> Volpi Jorge; *El Insomnio de Bolívar*; Debate; México, 2009; p. 55.

\* Ver Introducción del libro.

<sup>2</sup> Para los efectos de este trabajo se toma en cuenta la clasificación de CEPAL que registra a 33 naciones de América Latina y el Caribe, a la cual corresponden 10 países sudamericanos (quedando fuera Guyana, Guyana Francesa y Surinam); 7 naciones centroamericanas y México; y 15 países del Caribe (Con excepción de Aruba, Guadalupe, Islas Caimán, Islas Turcas, Martinica y San Bartolomé).

<sup>3</sup> Zuleta María Cecilia; *Los extremos de Hispanoamérica*; Secretaría de Relaciones Exteriores; México, 2008; p. 54.

<sup>4</sup> López Portillo T Felicitas (coordinadora); Secretaría de Relaciones Exteriores; México, 2004; p.10.

intimidar a todos aquellos que buscaban una mejor justicia y libertad.<sup>5</sup> Sí, seguramente, desde el siglo XVIII y en fechas anteriores, la "intuición" de lo latinoamericano ya no solo se decepcionaba de los resultados obtenidos, sino que lamentaba la muerte tan atroz de los primeros precursores que fueron tejiendo con su propia muerte el delgado hilo en el que hoy se sustenta una región que sigue solazándose, no en las nuevas líneas de su futuro, sino en el ejercicio de su autoflagelación y minusvalía.

Nadie al día de hoy puede sentirse satisfecho con lo alcanzado en lo político, económico y social por la mayoría de los países latinoamericanos, de igual modo que con los resultados de su integración; sin embargo, resulta injusto que este principio de crítica, válido para impulsar la consecución de lo que falta y para cambiar lo que no funciona, se confunda con un síndrome de falta de memoria que nos lleva a olvidar o a desconocer la larga cadena de cruces que en más de 200 años han quedado sembradas para llegar al día de hoy hasta donde estamos: ubicados como un conjunto de naciones democráticas establecidas continentalmente; y para haber logrado lo que tenemos: un enorme potencial que puede ser aprovechado en la construcción de una región mejor.

El Bicentenario, como todo evento histórico, se presta al juego siempre seductor de las sutilezas y las descalificaciones. Por otro lado, también es una gran oportunidad para guardad distancia del "culto reaccionario del pasado" del que hablaba Marx, ante el desmedido uso político de los actores históricos por parte del poder en turno, el cual, en cualquier país del mundo resulta inevitable. Sin embargo, el despertar de la memoria que provoca el recuerdo de dos siglos de vida independiente, debería partir en primer término, como un ejercicio de elemental hidalguía, del reconocimiento a la memoria de tantos y tantos seres humanos, reconocidos y anónimos, que tuvieron el valor de dedicar un segundo o un siglo de su vida para que existan hoy los países de la región.

Héroe, se describe, es un hombre ilustre y famoso que lleva a cabo una acción heroica, o sea, una acción extraordinaria en servicio al prójimo o a la patria.<sup>6</sup> Desde este simple punto de partida, cuestionar o atacar de manera pormenorizada la conducta general de los actores del panteón de la independencia, se inserta en el extremo de su antítesis, que es el de erigir a los héroes en dioses. Ya Marañón alertaba a las sociedades carentes de auténticos héroes de no inventar héroes de aldea; como Rodó subrayaba que una sociedad no puede permanecer gran tiempo sin héroes. A Voltaire, como a muchos de los críticos de ahora, le molestaban los héroes, porque hacían demasiado ruido. Sabemos que en este juego de espejos el heroísmo ha sido materia prima de la cual se han surtido todo tipo de intereses. Sin embargo, en el marco de la memoria bicentenario resulta ocioso estar pormenorizando sobre los pasivos personales de los actores independentistas, a fin de descubrir lo ya conocido, que son seres humanos con múltiples defectos, que lo único que los

<sup>5</sup> Crockcroft D. James ; *América Latina y Estados Unidos*; siglo XXI, 2001; p. 526

<sup>6</sup> Nueva España Ilustrada; Espasa, 2001; p. 859.

distingue de la sociedad de su tiempo es el momento, por breve que este haya sido, en que decidieron a pesar de los riesgos llevar a cabo una acción heroica. Ya lo decía La Rochefoucauld, "La mayor parte de los héroes son como ciertos cuadros: para apreciarlos conviene no verlos muy de cerca".<sup>7</sup>

Por ello, sin menoscabo que la historia siga con el trabajo a que esta obligada, en busca de las partes que acaben de integrar el rompecabezas de la historia de América Latina, la presente generación esta llamada a recordar y reconocer, de manera general, a toda esa pléyade de seres humanos que contribuyeron de manera directa o indirecta a la aparición política de 18 naciones continentales que además del origen geográfico, a lo largo de 200 años han compartido una historia de múltiples encuentros y desencuentros.

En este sentido, la conmemoración del Bicentenario debe ser un tributo abierto a la memoria de José de San Martín (argentino), de Manuel Belgrano (argentino), de José Gervasio Artigas (uruguayo), de Francisco de Paula Santander (Colombiano), de Antonio José de Sucre (venezolano), de Simón Bolívar (venezolano), de Francisco Miranda (venezolano), de Juan Caballero (Paraguay), de Tupac Katari (boliviano), de Juana Azurduy (boliviana), de Andrés de Santa Cruz (boliviano), de Eugenio Espejo (ecuatoriano), de Manuela Sáenz (ecuatoriana), de Anastasio Aquino (salvadoreño), de Bernardo O'Higgins (chileno), de Diego Portales (chileno), de Miguel Hidalgo (mexicano), de José María Morelos y Pavón (mexicano), Josefa Ortiz de Domínguez (mexicana), de Leona Vicario (mexicana) y tantos más miles y miles de hombres y mujeres que dieron inicio a un proceso político, económico y social de construcción y reivindicación que dura hasta nuestros días.

De igual modo, en este marco Bicentenario donde la memoria cuenta, en el campo de la integración regional no puede dejarse de recordar que desde 1810 Mariano Moreno ya se refería a un Estado Americano en su Plan de Operaciones; que en Chile Don Juan Martínez de Rosas impulsara en la misma época a la Junta de Gobierno Local a propiciar ante las autoridades de la Revolución, la celebración de un Congreso Americano. Que Juan de Egaña en su Plan de Gobierno propusiera en Chile realizar un Congreso Provisional para establecer un orden y un régimen exterior entre las provincias americanas. Que para el libertador San Martín, América fuera su Patria Grande (mi país -dijo- es toda América y defendió sus luchas como una sagrada, santa causa en pro de la independencia y la constitución de un gobierno general para toda la región). Que para el chileno O'Higgins su gesta fuera una cruzada por la libertad de América, desde El Mississippi hasta Cabo de Hornos. Que el Congreso de Tucumán en 1818 proclamara la independencia de las Provincias Unidas de América, etc.<sup>8</sup>

En las primeras épocas del siglo XIX los primeros latinoamericanos se dieron el lujo de imaginar estados superiores de asociación; desde luego, de manera importante, por la amenaza siempre latente de las hegemonías marítimas, pero

<sup>7</sup> Gran Enciclopedia; Ediciones Yínor, Madrid, 1967; p. 644

<sup>8</sup> Magariños Gustavo; Integración Económica Latinoamericana; Tomo I, p. 5.

también porque en medio de la crisis y la confrontación de los primeros años de libertad, los valores humanos de una nueva sociedad regional que iniciaba estuvieron más a flor de piel, en comparación al desbordado “realismo” de nuestras sociedades actuales. Ya en 1821, por ejemplo, la primera Comisión de Relaciones Exteriores de México al describir lo que deberían de ser sus nuevas líneas de trabajo expresó “son tan conocidas las relaciones que unen al Imperio Mexicano con estos Estados y Potencias de la América del Sur que se demoraría vanamente la Comisión en referirlos. La naturaleza y la convivencia recíproca los presentan por todas partes a donde se fije la vista. Necesita el Imperio de muchos de los efectos que cultivan y ellos de los que produce este suelo y los de nuestra industria (...) ¿A quien podrán acudir unos y otros para auxiliarse con más confianza en caso de ser atacados por una potencia extraña, sino a los que unidos por la región, el idioma, las relaciones de amistad, de comercio y de parentesco son los mas inmediatos y sostienen una misma causa? Son nuestros hermanos, manifiésteles el imperio toda la ternura que lo anima con su respeto, forme con ellos el antemural mas poderoso de la libertad por medio de la más estrecha alianza y conozca el mundo que las dos regiones que la naturaleza unió por el Istmo de Panamá, lo están más por sus pactos y convicciones, que una es su causa, una su resolución y una su opinión”.<sup>9</sup> Este sentimiento “latinoamericano”, influido por el furor de los primeros años de independencia, no solo correspondió a México. En el caso de la entonces Gran Colombia, en 1823 el canciller Pedro Grial expresaba sobre los objetivos de su nueva política exterior que “...De cuanto llevo puesto nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana. Pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una Sociedad de Naciones hermanas separadas por ahora en ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero”.<sup>10</sup> Dentro de esta línea del entusiasmo regional y proteccionismo hacia el exterior, el 3 de octubre de 1823, dos años después de la liberación de México, Colombia y México firmaban un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, el cual marcó de manera profunda el espíritu imperante de las décadas de los veinte y treinta del siglo XIX en cuanto a la política de integración en América Latina. En su cláusula XIII, dicho Tratado subrayaba que “Ambas partes se obligan a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española, para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua”.<sup>11</sup>

Como todos sabemos, el padre de toda esta corriente de integración y trabajo conjunto de principios del siglo XIX fue Simón Bolívar, quien con su filosofía

<sup>9</sup> López Portillo T. Felicitas; *Ob. cit.*; p. 29.

<sup>10</sup> *Ídem*, p. 38.

<sup>11</sup> *Ídem*, p. 51.

libertaria y su propuesta de asociación regional llenó un capítulo de la fraternidad latinoamericana que perdura hasta nuestros días. Desde 1805, un año después de que Napoleón se convertía en Emperador de Francia, Bolívar ya hablaba de la independencia de América: “juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.<sup>12</sup> Promesa que llevó a cabo hasta sus últimas consecuencias desde 1810, cuando dio inicio la independencia de Venezuela, hasta su muerte en 1830, en el marco de la independencia regional de América del Sur. Es probable que a lo largo de las dos últimas centurias no haya habido una percepción más clara de la necesidad de la integración regional que el pensamiento y la acción político-militar de Bolívar. Dentro de su trascendente trayectoria, llena de ideas y propuestas, destacan junto con sus inigualables épicas militares, la Carta de Jamaica de 1815 y el Congreso de Panamá de 1826. En la primera, Bolívar predice el triunfo de la emancipación y anticipa cual ha de ser la evolución y el destino de cada uno de los “nuevos” países de Hispanoamérica. En cuanto al Congreso, Bolívar dejó clara su propuesta desde la Carta de Jamaica de celebrar un Congreso ficticio en Panamá, el cual debía cumplir con el cometido de brindar consejo en los grandes conflictos de la región, de ser punto de contacto en los peligros comunes, de ser fiel interprete en los tratados públicos cuando ocurrieran dificultades, y de ser un conciliador de las diferencias regionales.<sup>13</sup> A la sesión inaugural del Congreso celebrada el 22 de junio de 1826, asistieron representantes de los gobiernos de la Gran Colombia, Perú, de las Provincias Unidas de Centroamérica y México; además de un representante del gobierno Inglés. En cuanto a la representación de Estados Unidos, uno de sus representantes murió en el camino y el otro llegó demasiado tarde. El Congreso, después de casi un mes de sesiones y trabajos acordó la firma de un Tratado de Unión, Liga y Confederación perpetua, un Acuerdo sobre Contingentes Militares y la integración de una Convención que le diera seguimiento de manera posterior en la Ciudad de México (Tacubaya).<sup>14</sup> Bolívar siempre tuvo una idea muy clara sobre el Congreso de Panamá, la propuesta de integración más audaz que se haya hecho hasta la presente fecha, ya que en el espíritu de la misma se incluía una idea de trabajo supranacional de la región, tema que no ha vuelto a repetirse en los diferentes esquemas de integración de América Latina.

En 1822, previo a la celebración del Congreso de Panamá, Bolívar anunciaba que “El gran día de América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas”,<sup>15</sup> y agregaba con entusiasmo “¿quién resisti-

<sup>12</sup> Oropeza García Arturo (coordinador); *México-Mercosur*; Instituto de Investigaciones jurídicas, 2007; p. 215.

<sup>13</sup> Busaniche José Luís; *Bolívar visto por sus contemporáneos*; F.C.E., 1995; p. 177.

<sup>14</sup> López Portillo T Felicitas; *Ob. cit.*; p. 59.

<sup>15</sup> Linch John; *Simón Bolívar*; Crítica, 2006; p. 286.

rá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad? ”<sup>16</sup> Sin embargo, ante los débiles resultados del propio Congreso, como resultado lógico de una época comprometida con la plena instalación de las formas políticas, económicas y geográficas de las nuevas naciones, un Bolívar escéptico agregaba “El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos; nada mas ”.<sup>17</sup> El pensamiento de Bolívar, en plena efervescencia libertaria, se debatió en todo momento entre el sueño y la realidad, dando como resultado que unos días apareciera el Bolívar visionario y en otros el Bolívar que se dejaba atrapar por el desánimo. “Una sola debe ser la patria de los americanos ”,<sup>18</sup> expresaba un Bolívar consciente de las amenazas de su tiempo, y para ello proponía un “Pacto Americano” integrado por todas las repúblicas de la zona, con la idea de que formaran un cuerpo político que representara a América frente al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas.<sup>19</sup> Bolívar siempre pensó en una integración sin exclusiones, en una suma de nuevas naciones americanas que atenuara sus evidentes debilidades, la cual pudo haber tenido su inicio en el Congreso de Panamá. El caso de México, por ejemplo, siempre guardo en la visión bolivariana un lugar destacado. Desde 1815, en Jamaica, además de reiterar su sueño de hacer de América la más grande nación del mundo, agregaba que la metrópoli, por ejemplo, sería México, “que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli.” Bolívar siempre tuvo una imagen importante y cercana a México desde que a la edad de quince años, por una eventualidad marítima, tuvo la oportunidad de desembarcar en Veracruz y conocer la capital de la entonces Nueva España en 1799. En 1825, cuando pensaba salir fuera de Colombia le comentó al General Santander: “si el gobierno me quisiera emplear en México, como agente diplomático, me alegraría, porque al fin es un país agradable, sano e independiente.”<sup>20</sup>

El ideal bolivariano no requiere ahora de detractores “lucidos” para descalificar los resultados obtenidos por América Latina en cuanto a sus esfuerzos de integración. Bolívar mismo, ante el fin de su época, no escatimó calificativos para declarar su inconformidad con lo logrado hasta esa fecha. Decepcionado de los actores de su tiempo señalaba: “No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones letras, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida tormento ”<sup>21</sup> “...La América es ingobernable para nosotros. El que sirve una revolución ara en el mar ...”<sup>22</sup> y sobre su propio movimiento político concluía no con poca sensibilidad: “Este

<sup>16</sup> *Ídem.*

<sup>17</sup> *Ídem*, p. 300.

<sup>18</sup> Busaniche José Luís; *Ob. cit.*, p. 48

<sup>19</sup> *Ídem.*

<sup>20</sup> Oropeza García Arturo; *México-Mercosur; Ob. cit.*, p. 217

<sup>21</sup> Lynch John; *Ob. cit.*, p. 345.

<sup>22</sup> *Ídem.*, p. 368.

país no puede prosperar en los primeros cien años; es menester que pasen primero dos o tres generaciones".<sup>23</sup>

Bolívar, por la dimensión de sus postulados, fue el primer latinoamericano con dimensión universal. Con él inicia realmente el proyecto de la integración latinoamericana, el cual, a pesar del tiempo transcurrido y la generalizada inconformidad con los resultados que se han obtenido a la fecha, sigue siendo válido en cuanto a su propuesta central de una mejora regional a través del trabajo conjunto. De igual modo, a pesar del abuso político y del déficit académico que se sigue haciendo de la persona y de la obra de Bolívar, su pensamiento, y sobre todo su espíritu, seguirán siendo una fuente de inspiración para enfrentar los retos globales del Siglo XXI.

Junto con la tesis bolivariana del "Pacto Americano", en plena efervescencia de la segunda década del Siglo XIX, aparece también de manera importante la propuesta de "Pacto de Familia" formulada por el internacionalista mexicano Lucas Alamán, quién a través de su participación como Canciller de México en los periodos de 1823 a 1825 y de 1830 a 1832, con gran lucidez y en medio de la revolución que significaba la instalación de un Estado nuevo, alentó la implementación de una filosofía de trabajo conjunto con las otras naciones americanas con base a la identidad de origen, religión, comunidad, naturaleza, costumbres e intereses comunes; atributos que en su mayoría prevalecen al día de hoy. Al hablar del Pacto de Familia, Alamán se refería a una asociación verdadera que llevara a todos los americanos a defender de manera unida su independencia y libertad, así como fomentar su comercio e intereses comunes. Alamán señalaba en 1823 "Si la política y el comercio nos ponen en contacto con las naciones europeas.....motivos más poderosos nos unen con los Estados nuevamente formados en nuestra América Latina teniendo todos el mismo origen, ligados por los mismos intereses, amenazados de los mismos peligros, una ha de ser su suerte y uniformes deben ser sus esfuerzos."<sup>24</sup>

A lo largo del siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX, en América Latina se siguieron presentado una multiplicidad de proyectos y de esfuerzos que independientemente de los resultados obtenidos, son dignos de conmemorarse por ser parte de ese "espíritu" regional que en el marco revolucionario de la independencia y de su largo proceso de consolidación, apostó por una Latinoamérica sólida y fuerte. Por ejemplo, en 1831 México y Chile firman un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación bajo la misma filosofía del acuerdo que celebraron México y Colombia en 1823. En 1835 se propone por Perú una "Unión Aduanera Hispanoamericana"; en 1827 se celebró en México (Tacubaya), el segundo evento del Congreso de Panamá; en 1848 se pactó una Confederación o Liga entre Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú; en 1856 se firmó un tratado Continental entre Chile, Ecuador y Perú para integrar la Sociedad Unión Americana; en 1847, en solidaridad con México, Honduras le declara la guerra a Esta-

<sup>23</sup> Busaniche José Luis, *ob. Cit.*, p. 142.

<sup>24</sup> López Portillo T. Felicitas; *Ob. cit.* p. 54.



dos Unidos; en 1864 Argentina, Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela negociaron una Convención de Unión y Alianza defensiva y un Tratado de Paz; ante la intervención francesa en México, el 11 de mayo de 1867, en un acto de solidaridad, el Congreso dominicano proclamó a Benito Juárez “Benemérito de las Américas”; el gobierno de Uruguay envió una medalla de reconocimiento al presidente Juárez; el Congreso de Argentina aprobó dar el nombre de Benito Juárez a un poblado de la provincia de Buenos Aires; el Congreso de Colombia en 1865 nombra a Juárez “merecido bien de América”; el general José Antonio Páez, quien luchó al lado de Bolívar por la independencia de Venezuela le ofreció a Juárez combatir contra los franceses; el expresidente colombiano José María Melo, murió combatiendo en solidaridad con Juárez en 1860; en 1856 el destacado diplomático chileno Francisco Bilbao, ante la eminente embestida de las potencias europeas propuso la idea de un Congreso Federal de las Repúblicas (de Latinoamérica), a fin de derrotar el nuevo espíritu de dominio nacido de la industrialización. De manera enfática, frente a los riesgos de la época declaró:

*“Si tal es la unidad, no la queremos. No es esa la idea que buscamos. Tal era la unidad de la conquista destronada por nuestros padres en el campo de la independencia. La unidad que buscamos es la identidad del derecho y la asociación del derecho. No queremos ejecutivos, monarquías, ni centralización despótica, ni conquista, ni pacificación teocrática. Mas la unidad que buscamos, es la asociación de las personalidades libres, hombres y pueblos, para conseguir la fraternidad universal.”<sup>25</sup>*

En 1875 en el Congreso de Jurisconsultos Americanos se produce el Tratado de Lima de 1878, primer texto regulador internacional del Derecho Privado. En 1889 se celebra la I Conferencia Internacional Americana con la participación de 17 países de 19 independientes que había en esa fecha (claro antecedente de la formación de la Organización de Estados Americanos (OEA) constituida en 1948); en 1901 se celebra la II conferencia Internacional Americana con la participación de todos los países independientes; en 1919 se integra la Alianza Anti Imperialista Latinoamericana propuesta por el gobierno de Carranza a fin de parar la embestida norteamericana y buscar un orden internacional más justo; en 1923 José Ingenieros crea la Confederación Política y Económica que en 1925 integra la Unión Latinoamericana con el objetivo de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y social, en armonía con los ideales de la humanidad, etc. Estos no son mas que un puñado de antecedentes de muchos otros que se han dado a lo largo de estos 200 años, que representan el sueño de muchas voluntades por lograr una América más unida y más fuerte, y que hoy recordamos con respeto (Magariños, 2005; López Portillo, 2004; Zuleta, 2008).

La etapa moderna de la integración de América Latina, la que se corresponde a su formalización jurídica y económica a partir de la segunda mitad del siglo

<sup>25</sup> Santana Adalberto y Guerra Vilaboy Sergio; *Benito Juárez en America Latina y el Caribe*, México, UNAM; Estudios Culturales, 2006. p. 89.

xx, da inicio con el tratado de Montevideo, el cual en 1960 creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), y se extiende durante 50 años en un segundo gran impulso de esfuerzos realizados por diversos actores regionales, que nos han llevado por diferentes esquemas de asociación hasta la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe celebrada el 22 y 23 de febrero de 2010 en México, a través de la cual se tomó la decisión de constituir la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños.

Dentro de esta etapa y en representación de todas las voluntades de buena fe que se han dado en este más de medio siglo de integración regional, vale la pena conmemorar a Raúl Prebisch, José Ahumada, José Antonio Mayorbe, Felipe Pazos, Juan Noyola, Víctor Urquidi, Celso Furtado y muchos más integracionistas que a pesar de la voluntad política imperante, han logrado la consecución de resultados concretos.

A lo largo de estos 200 años, a pesar de las críticas y sus cuestionables resultados, Latinoamérica presenta una vocación de integración que va más allá de panegiristas y detractores, la cual puede sintetizarse en al menos cinco etapas de integración. La primera, que es de donde parte, es una integración Hispanoamericana que surge de su geografía y de su integración política como resultado de la hegemonía española, que le da conciencia del otro. La segunda, la Bolivariana, que se desprende junto con su Independencia; se fortalece ante su adversidad y se nutre de los sueños de una región nueva que se imagina más prospera, fuerte y unida. La tercera, la integración Juarista, que en el marco de la no institucionalidad, surgió de manera espontánea como un acto de autodefensa y solidaridad con el país hermano. La cuarta, la integración Panamericana, que se establece a la luz de la convocatoria de la hegemonía de Estados Unidos; y finalmente la quinta, la integración Latinoamericana, que es la misma que vivimos actualmente y que sigue en espera de los líderes regionales que logren concretar de manera inteligente la suma de las fortalezas y los activos de la región, a fin de insertarla exitosamente dentro del circuito del mundo global del siglo XXI, el cual, para todos los países y regiones, será un juez extraordinariamente exigente. "Nosotros –como dijo el Presidente Lula– podríamos construir –en el siglo XXI– las alianzas que no fuimos capaces de construir en el Siglo XX".

## II. El Reconocimiento del Mérito

El incendio libertario que se detona de manera generalizada en los virreinos de la Nueva España, de Nueva Granada, Perú, del Río de la Plata y en las Reales Audiencias como Chile a partir de 1809 (con las primeras reuniones de Chuquisaca, La Paz y Quito), a pesar de mediar entre ellas una enorme distancia geográfica y lenta comunicación, representa la expresión visible de una problemática social, política y económica que no daba más; de una presa social que se

reventó; y de unas aguas que carecían de un lecho predeterminado que ha costado 200 años tratar de reencausar.

En 1808 la hegemonía española, detentadora de la mayor parte de las posesiones en América, empezaba a dejar de serlo. Que el ejército francés haya ocupado la capital del reino en ese mismo año; que en Bayona, en el plazo de dos días la corona pasara de Fernando VII a su padre Carlos IV, de éste a Napoleón y de Napoleón a su hermano José I, no fue más que la evidencia de un choque de hegemones que peleaban sin ningún respeto a las normas por los espacios del dominio europeo; donde destacaba un evidente debilitamiento del imperio español, de manera paralela con un enorme descuido en la administración de sus dominios americanos.

No obstante lo anterior, junto a la desacreditación de los movimientos de liberación y de los actores de la Independencia, de manera externa se han estado desarrollado diferentes visiones jurídico-histórico-políticas para concluir que los eventos de principios del siglo XIX fueron simplemente levantamientos de aventureros. Dice Pérez Vejo “Pero, ¿pasaron las cosas así? ¿fueron las guerras de independencia guerras de liberación nacional? ¿hubo realmente guerras de independencia en América o solo de disgregación de un viejo orden imperial? ¿no estaremos ante una bella leyenda, un mito de origen en sentido literal, que esconde algo no demasiado diferente a lo ocurrido con el mundo griego a la muerte de Alejandro?”<sup>26</sup> Lo anterior se condimenta con el eufemismo de la existencia de una monarquía española y no el de una nación española, como si a los afectados de tres siglos de hegemonía española les hubiera sido relevante la etiqueta de un término que corresponde al ámbito de los especialistas. De igual modo se argumenta que en sentido estricto todos los territorios, tanto americanos como peninsulares eran colonias del monarca, por lo que tenían los mismos derechos y obligaciones; lo que de acuerdo a la realidad que vivió la clase indígena lo vuelve impensable. Que la explotación de las personas, en su caso, la hizo la corona monárquica y no España, la cual a esas fechas no se había constituido como nación moderna, etc.<sup>27</sup>

Al respecto, no hay mejor respuesta que la de José Emilio Pacheco cuando define irónicamente el término de independencia. “Utopía de dos países inexistentes. El primero no aprovecha su poderío militar, su alta tecnología y su gran capacidad científica, cultural e intelectual para oprimir a otros, saquear sus recursos y el trabajo esclavo de sus habitantes. El segundo establece un intercambio equitativo entre sus potencialidades humanas y naturales y los requisitos de la gran potencia. Su élite no se alía con la otra para la explotación de su pueblo. No hay racismo interno ni discriminación económica. No necesita expulsar a sus pobres hacia la metrópoli y se desarrolla sin arruinar la naturaleza en beneficio de unos cuantos. Por supuesto “no hay tal lugar” La independencia no existe.”(Reforma, 2010)

<sup>26</sup> Pérez Vejo Tomás; *Elegía Criolla*; Tusquets, 2010; p. 12.

<sup>27</sup> *Ob. cit.*; p. 21.

Independientemente de los matices y las causas que manejan las diferentes corrientes que exploran las razones libertarias (nacionalista, marxista, tradicionalista, revisionista, etc.), vale la pena recordar a José Martí cuando nos explica con nitidez que "La independencia venía sangrando de un siglo atrás; no viene de Rousseau ni de Washington, viene de sí misma".<sup>28</sup> De igual modo, para imaginarnos el ánimo social que imperaba en 1810, basta saber lo que señalan Skidmore y Smith: "Los estudiosos han disentido mucho y con dureza acerca del tamaño de la población indígena a la llegada de los españoles. Las investigaciones más fiables sobre México Central sitúan la población anterior a la Conquista en alrededor de 25 millones; para 1523 la cifra es de 16.8 millones, para 1580 de 1.9 millones y para 1605 de un millón, lo que significa un descenso total del 95 por 100. Los datos sobre Perú son menos completos pero también evidencian un descenso continuo, de 1.3 millones en 1570 (cuarenta años después de la Conquista) a menos de 600, 000 en 1620, una caída de más de un 50 por 100".<sup>29</sup> En otros países como El Salvador, por ejemplo, "a fines del 1578 el asesinato, las duras condiciones de trabajo, la viruela y otras epidemias de enfermedades importantes, así como una plaga terrible, habían reducido la población de El Salvador de aproximadamente medio millón que había cuando llegaron los españoles a menos de 80 mil".<sup>30</sup> Entérminos generales dicen Skidmore y Smith, en 1570 en toda la América española había 96% de indígenas, 2.5% de mestizos, mulatos y negros; y 1.3% de blancos. Para 1825, la composición se había reducido en el caso de los indígenas en más del 100% (41%); el grupo mestizo había ascendido a un (28%), y los blancos (peninsulares y criollos) se habían incrementado en 18 veces para un 19%. Más allá de la confiabilidad de las cifras por razones del tiempo, los números nos hablan de un desastre demográfico de serias consecuencias sociales.

Los periodos de la Colonia como el de la Independencia han sido explorados con profundidad por un sinnúmero de especialistas (Krause, León Portilla, Fuentes, Paz, Bethell, Gallego, Halperin, etc) los cuales han destacado tanto los terribles daños causados a una población indígena americana (la cual como ya vimos padeció actos de verdadero exterminio) como el crisol de culturas que se derivó de este encuentro histórico. Como dice Octavio Paz: "Sin el descubrimiento el mundo no sería mundo; sin la conquista y la evangelización, América no existiría."<sup>31</sup> Por ello a 200 años de haber ocurrido los hechos de independencia, de ningún modo deben servir de pretexto para reiniciar discusiones rebasadas o estériles; pero de igual modo, estas mismas razones en su vertiente latinoamericana deberían ser suficientes para que en el marco del Bicentenario se conmemore sin sentimientos vergonzantes la memoria de todos aquellos actores que dieron origen y sentido a la formación de los Estados Nacionales Latinoamericana-

<sup>28</sup> Santoyo Adalberto y Vilaboy Guerra Sergio; *Ob. Cit.*, p. 23.

<sup>29</sup> Skidmore E. Thomas y Smith H. Peter; *Historia Contemporánea de América Latina*, Crítica, 1992; p. 30.

<sup>30</sup> Crockcroft D. James, *Ob. cit.*, p. 190.

<sup>31</sup> Paz Octavio; *Intinerario*; FCE, 1998; p. 147.

nos. De igual modo, la envergadura de lo realizado debe servir para que este reconocimiento se realice sin todos aquellos matices que de manera deliberada quieren encajonar a los hechos libertarios en revueltas sin destino, planeadas únicamente desde el rincón del interés personal. Lo anterior, si bien no riñe por un lado con la condena de todos aquellos personajes que traicionaron el momento histórico que vivieron, por otro evita ser injustos con los demás actores que dieron la vida a lo largo del Siglo XIX con la esperanza de una América independiente más igualitaria y más justa.

A los precursores, a los libertadores, a los continuadores, en el marco del Bicentenario, se les pasa por la aduana histórica de una Santa Inquisición que demanda de los sustentantes lo que ésta, hoy, no es capaz de dar. En la actualidad se condena a las primeras generaciones de americanos por permitirse soñar; porque sus sueños hoy son incompletos; por intentar el desarrollo de Estados superiores de convivencia regional. Para nuestra generación, carente de sueños y de propuestas alternas, ha sido más fácil condenar a todos aquellos “soñadores” de inicios del siglo XIX, declarar que “Latinoamérica no existe”, que buscar las formas de concretar “los sueños imposibles” que ya otras regiones, después de un gran esfuerzo, han consolidado.

Una de las críticas más importantes en torno al Bicentenario y a la propuesta de integración de América Latina, ha sido la falta de resultados entre lo planeado a principios del Siglo XIX con lo conseguido al día de hoy, confundándose por un sinnúmero de latinoamericanos la insuficiencia de resultados de las políticas públicas actuales, con el esfuerzo histórico de dos siglos. En el marco general de esta visión, las críticas se extienden a comparativos económicos y políticos en cuanto a los resultados obtenidos a la fecha por los principales países europeos y los Estados Unidos, olvidando las grandes diferencias que en tiempo y espacio median entre Latinoamericana y estas dos civilizaciones. Si bien este esquema no es nuevo y ha servido para que durante los siglos XIX y XX diferentes especialistas occidentales minusvalidaran la naturaleza latinoamericana, por un lado; y por el otro, algunos analistas regionales justificaran bajo este enfoque la corrupción y la incompetencia local; en este corte de caja histórico de dos siglos no podemos olvidar, como se sabe, que en Europa y Asia desde el cuarto milenio antes de Jesucristo en las cuencas del Nilo, del Eufrates y el Tigres ya aparecían civilizaciones ampliamente desarrolladas. Sociedades que ya conocían la agricultura, la vida urbana, el comercio, la navegación marítima y la escritura; lo cual presume una evolución anterior de varios miles de años. Que en el siglo XXV a. C. se da la aparición de la escritura, la aritmética, la astronomía, el uso de carros y embarcaciones, la edificación de casas y palacios, el tejido de la seda. En el Siglo XXIII a.C. se presentara el cultivo de cereales, la medicina. Que en el Siglo XLV a.C. los hombres debieron de practicar la cría del ganado, aprender a contar, establecer un calendario y organizar a sus sociedades. Que en el año 3400 a.C., por ejemplo, en el Nilo ya había casas de varios pisos, con baños públicos y alcantarillados, con una evolución económica y social muy antigua. Las rutas comerciales derivadas de su cercanía y de su facilidad de transportación marítima

fue fundamental para el progreso de su civilización. Que otra forma de integración se dio por medio de hechos bélicos, los cuales llevaban a la fusión de culturas de manera forzada.<sup>32</sup> Que esta integración del viejo mundo se amplía ilimitadamente en el siglo XI a.c. ante el descubrimiento del occidente europeo y africano por parte de los fenicios. Que “en el Siglo VI a.C. -como dice Pirenne- la evolución que se produce en el mundo oriental crea una estrecha integración entre todos los pueblos. Los grandes acontecimientos, cualquiera que sea el lugar en que se producen, tienen una inmediata repercusión internacional”.<sup>33</sup>

Desde esta perspectiva histórica del desarrollo y la civilización, pero de manera importante, de la comunicación entre sociedades diferentes de una misma zona geográfica, si bien Latinoamérica aparece como una región que tiene larga historia, su surgimiento en el horizonte de la civilización universal y su intercambio entre pueblos no puede compararse con las circunstancias que antecedieron al mundo antiguo euroasiático. La civilización Olmeca (650 a.C.), considerada como la cultura madre de Mesoamérica por haber dejado patrones de conocimiento que influyeron en sus sucesores. Teotihuacan, que en el año 300 a.c. edificó una ciudad-Estado de enorme trascendencia; las culturas Maya y Zapoteca, la cultura Azteca (1325 a.C.), los Incas (1450 d.C.) que fueron las civilizaciones prehispánicas más importantes de América,<sup>34</sup> no tuvieron el peso de una multiplicación de pueblos en constante diálogo durante cuatro milenios, como si lo tuvo la cultura euroasiática. Por ello, el desarrollo euroasiático y el desarrollo prehispánico se vuelve un tema de desfase de civilizaciones en el tiempo, donde una es más avanzada que la otra en razón de su cronología; pero de manera más importante, por el entorno comparativo de su proceso de aprendizaje. Bajo este enfoque, el desarrollo de las culturas prehispánicas que antecedieron al inicio de la formación de los Estados Nacionales Latinoamericanos, así como los dos siglos de existencia de los mismos, son apenas un suspiro en el tiempo histórico de los pueblos euro-asiáticos.

Al propio tiempo, a diferencia de nuestros recientes Estados Nacionales, el Estado Europeo ha venido experimentando desde hace más de dos milenios, a través de diversas figuras y modalidades, el camino hacia su organización política más adecuada. Así, en un inicio, de la “genos” mutó a la “fratria” y de ésta a la tribu, (ya desde Homero aparecía la genos y su basileus o rey). Con el desarrollo del pensamiento griego se creó la “polis” o ciudad, la cual fue cuna de importantes comportamientos sociales del ser humano. Dentro de esta evolución la suma de ciudades escaló a figuras llamadas ligas o federaciones. Con los romanos, esta experiencia se diversificó en reinos, repúblicas e imperio, de acuerdo al resultado de las presiones entre el pueblo y el poder político en turno. Ya en Roma aparece la figura tripartita de asamblea, senado y pueblo; así como el de ciudadano, y de manera importante surgen los derechos ciudada-

<sup>32</sup> Pirenne Jacques; *Historia Universal; Las Grandes Corrientes de la Historia; Tomo I*, pp. 5-8.

<sup>33</sup> Ídem, p. 117.

<sup>34</sup> Oropeza García Arturo; *China-Latinoamérica*; Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2008; p. 14.

nos, 1800 años antes que los libertadores latinoamericanos los obtuvieran para los diferentes pueblos regionales. Junto con estas ideas preliminares al Estado moderno convivieron en el tiempo figuras políticas de menor significado, como los ducados, reinos, marquezados, condados, principados, etc., que se crean como una respuesta política de seguridad y dispersión del poder político. No obstante, “la decadencia del imperio, la derrota de los partidarios exagerados de la soberanía papal, la progresiva desaparición de los señoríos feudales y el crecimiento en poderío y extensión de los reinos nacionales – Inglaterra, Francia, España – merced a una paulatina descentralización política y jurídica así como las nuevas formas de uniones ciudades y de regímenes ciudadanos, fueron fenómenos que pidieron una renovación del lenguaje político,”<sup>35</sup> el cual surge con la figura de El Estado, como la unidad aglutinadora de la experiencia política y social de la cultura euroasiática compartida por milenios y que tiene su antecedente directo en la publicación de “El Príncipe” de Maquiavelo aparecida en 1513,<sup>36</sup> suceso que se produce ocho años antes de que la conquista de la Gran Tenochtitlan destruyera la organización política que mantenía la civilización Azteca.

A pesar de la experiencia acumulada por milenios, a los países europeos tampoco les ha resultado fácil transitar al ideal del Estado Moderno, por el contrario, desde la aparición de la ciencia política en Grecia (Siglo V a.C.) y el reconocimiento de sus derechos ciudadanos en el Derecho Romano (Siglo I d.C.), tuvieron que esperar hasta los Siglos XIX y XX a fin de disfrutar de la estabilidad política y de los derechos y obligaciones que se derivan de la implementación de la figura moderna del “Estado”. Mas de dos milenios les costo a los europeos consolidar los ideales de libertad y control del poder político del gobernante. En Italia, por ejemplo, uno de los países que registro uno de los más altos contenidos de inquietud política a fines de la edad media, desde el primer caso conocido de una ciudad italiana (Pisa) que eligiera la forma “consular” de gobierno como una aspiración de libertad ciudadana en 1085 d.c.; hasta la paz de Lodi en 1454 (que fue el triunfo sobre la figura del príncipe en Italia) pasaron cerca de 400 años de luchas fratricidas, múltiples guerras y un sin número de asesinatos para que se diera la bienvenida a los valores republicanos.<sup>37</sup>

El camino de la formación del Estado Europeo ha sido largo y sangriento. La Unión Europea que hoy nos motiva y nos maravilla con su integración económica y política, apenas tiene sesenta años. Podríamos decir sin exagerar que la formación del Estado Moderno Europeo en su delimitación geográfica, tiene una etapa presumiblemente concluyente en 1945, ante la definición de fronteras que se derivó del final de la Segunda Guerra Mundial; y en 1989, con la disolución de la Ex Unión Soviética. Antes, a lo largo de milenios, su camino por la construcción de un Estado Moderno y el pleno reconocimiento de sus derechos polí-

<sup>35</sup> González Uribe Héctor; *Teoría Política*; Editorial Porrúa, 1972; p. 148.

<sup>36</sup> Ídem.

<sup>37</sup> Skinner Quentin; *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*; F.C.E. 1993; p.p. 23-164.

ticos, fue una larga cadena de conflictos donde la delimitación de fronteras y las formas de gobierno se movían en relación al resultado de la última batalla. E s t o , desde luego, no fue óbice para continuar con el avance civilizatorio que se desprendía de manera permanente ante el choque y la convivencia de sus múltiples pueblos y culturas; lo cual, respecto al Siglo XVI, Luís Suárez lo resume de la siguiente manera: "... el hombre europeo, que tenía conciencia de su superioridad sobre las otras culturas, dueño de la imprenta, la brújula y la pólvora se sintió colocado en una base de lanzamiento que habría de proporcionarle expansión y dominio universales. Habría comprobado que vivía en un planeta esférico, la tierra que iba a circunnavegar y se preparaba para hacerla abandonar el centro del universo; sabía mucha más Física, Matemáticas, Medicina, Astronomía o Historia que todas las generaciones anteriores y, sobre todo, disponía de medios para comunicarlo a más gente; escribían mejor y pensaban con más profundidad".<sup>38</sup>

Por ello, cuando se critican los avances obtenidos por los esfuerzos de integración que ha emprendido América Latina desde hace dos siglos y esta crítica se realiza desde la base de comparación con lo logrado por la Unión Europea o Estados Unidos; lo primero que aparece es el rápido olvido que hacemos de la historia. Que apenas en 1810 no existía país latinoamericano alguno; que no había una Latinoamérica. No existían ni sus nombres ni sus fronteras. Aparecían sí sus aspiraciones de ser contemporáneos de su mundo, y de manera especial, cada sector social y político a su modo, reflejaba su hartazgo sobre la injusticia de la hegemonía española. Que los libertadores no tenían una idea clara de su futuro, resulta lo más razonable y evidente. Que unos querían más autonomía de la monarquía; que otros pugnaban por monarcas locales; que otros pensaban en administraciones coloniales más humanas y eficientes, etc. Lo cierto es que la etapa del desconcierto político en relación a la hegemonía española no duró mucho; en la segunda década del siglo XIX la mayoría de las poblaciones independientes, atendiendo a criterios de permanencia y vecindad, ya luchaba por el reconocimiento de países que ya tenían nombre y que buscaban su mejor posicionamiento en el nuevo concierto regional.

De manera interna como externa, desde hace 200 años se han producido diferentes líneas de pensamiento que siguen comparando de igual manera a dos sociedades diferentes que desfasadas en el tiempo han conseguido distintos resultados. La diferencia principal entre occidente y América Latina se da en sus fechas de nacimiento. Quién apareció primero y quién después. El lugar de nacimiento también importa. Como ya vimos, no es lo mismo la cuenca hidrológica que va de Sumeria hasta el Nilo o la cuna de civilizaciones que fue el mediterráneo, que la distancia orográfica que existió entre las culturas americanas de Mesoamérica y Perú. A pesar de ello, como dice Skidmore " los escritores norteamericanos y europeos se solían preguntar" – no con poca sorna y doble inten-

<sup>38</sup> Suárez Luís; *La Europa de las Cinco Naciones*; Ariel, 2008; p. 401.



ción – “que fallaba en América Latina o con los latinoamericanos”. A lo que seguían serias reflexiones de que la región no podía lograr la democracia porque sus gentes de piel oscura no eran adecuadas para ello; o porque los temperamentos latinos no la soportaban; o los climas tropicales la impedían o las doctrinas católica y romana la inhibían, etc.; llevando a un punto de minusvalía a una región que con grandes dificultades intentaban dar sus primeros pasos. A estas visiones del desprestigio le continuaron teorías modernizadoras, antropológicas etc., todas “preocupadas” por la inestabilidad del latinoamericano, las cuales se producían al mismo tiempo que las incontables intervenciones armadas de Inglaterra, España, Francia, Estados Unidos y hasta Alemania e Italia (Venezuela 1902), que por casi dos siglos (Inglaterra todavía en 1982 tuvo con Argentina un problema bélico por las Malvinas y sigue ejerciendo un dominio post hegemónico sobre las mismas; Estados Unidos en 1989 invadió Panamá, además de mantener un fuerte intervencionismo en Nicaragua y El Salvador a finales de los ochentas y principios de los noventas; de igual modo que sigue en posesión hegemónica de Guantánamo, en Cuba, y de Puerto Rico),<sup>39</sup> practicaron todo tipo de esfuerzos para evitar tanto la sustentabilidad de los nuevos Estados de la región como su integración posible. Por un lado decía George Canning, diplomático inglés, “Si la mantenemos desunida -a Latinoamérica- será nuestra”; y por el otro, los sociólogos e historiadores occidentales se preguntaban del porqué de esos pueblos tan retrasados y desunidos.

América Latina no ha eludido, por lo menos a nivel académico, su responsabilidad en cuanto a los problemas de su estabilidad y desarrollo. Son muchos los especialistas de la zona (Peña, Maira, Green, Bouzas, Sennes, Dos Santos, etc.) que narran del porqué de los errores políticos, económicos y sociales en que han venido incurriendo los estados latinoamericanos en el camino de la búsqueda de su bienestar económico, estabilidad política y justicia social; donde si bien se acepta la afectación sufrida por las distintas intervenciones hegemónicas, por otro lado se alejan de la postura de culpar de todos los males de la región a la teoría de la dependencia. Los yerros cometidos por sociedades regionales embronarias en busca de destino han sido múltiples; pero comparados con los practicados por una mayoría de sociedades occidentales a lo largo de casi cuatro milenios no tienen comparación. Como un simple ejemplo de lo anterior basta citar a George Steiner cuando señala que “Dos guerras mundiales, que fueron en realidad guerras civiles europeas, llevaron este presentimiento al paroxismo. De ahí el moderno apocalipsis de los últimos días de la humanidad de Karl Kraus. Entre agosto de 1914 y mayo de 1945, desde Madrid hasta el Volga, desde el Ártico hasta Sicilia, se calcula que un centenar de millones de hombres, mujeres y niños perecieron a causa de la guerra, la hambruna, la deportación, la limpieza étnica. Europa occidental y el occidente de Rusia se convirtieron en la casa de la muerte...”<sup>40</sup> Esto que sucedió

<sup>39</sup> Rayment Henry, *Vecinos en Conflicto*; Siglo XXI, 2007; pp. 314 - 324.

<sup>40</sup> Steiner George; *Ob. cit.*, pp. 55 - 56.

apenas hace sesenta años, no tiene ningún referente ni comparación alguna con la página más negra que se recuerde de la historia latinoamericana.

Dentro de esta tendencia de comparar en igualdad de circunstancias lo no comparable, desde la mitad del siglo XIX Domingo F. Sarmiento se preguntaba ¿Porque Hispanoamérica no puede ser como Estados Unidos?<sup>41</sup> Tocqueville, de igual modo, por las mismas fechas cuestionaba porque América Latina, a pesar de seguir el modelo estadounidense, no había logrado alcanzar niveles de crecimiento o de estabilidad política similares. En el caso de México refería de manera puntual que “La Constitución de los Estados Unidos se parece a esas bellas creaciones de la industria humana que colman de gloria y de bienes a aquellos que las inventan; pero permanecen estériles en otras manos. Esto es lo que México ha dejado ver en nuestros días. Los habitantes de México, queriendo establecer el sistema federativo, tomaron por modelo y copiaron casi íntegramente la Constitución de los angloamericanos, sus vecinos. Pero al trasladar la letra de la ley, no pudieron trasponer al mismo tiempo el espíritu que la vivifica.”<sup>42</sup> Nosotros pensaríamos de manera menos “*espiritual*” y mas terrenal, que la diferencia se produce en el marco del desfase civilizatorio que hemos señalado y no en una supuesta supremacía de razas o de “*espíritus*” que unos han vendido y otros han comprado directa o indirectamente; como lo seguimos viendo en muchas de las comparaciones que se siguen realizando con motivo del evento Bicentenario.

Latinoamérica siempre ha tenido una fascinación por occidente; por aprender lo aprensible, por conocer lo relevante. Sin embargo, a pesar del transcurso de dos siglos, todavía en algunos alumnos permanece un sentimiento de vergüenza por no acabar de parecerse al maestro. En el marco del Bicentenario, este tipo de ejercicios comparativos se siguen realizando como si los dos barcos hubieran sido armados con los mismos materiales civilizatorios o si hubieran partido del mismo puerto al mismo tiempo. Como un pequeño ejemplo de lo anterior, se señala que fueron necesarios 36 años para que el ingreso promedio de la región pasara de ser el 26 % de Estados Unidos en 1935 al 29% en 1971.<sup>43</sup> En la premura de la comparación tal vez olvidamos que la producción industrial de Estados Unidos casi se triplicó como resultado de los “*términos de su intervención*” en la Primera Guerra Mundial, superando en un 50% a todos los países de Europa del Oeste. Y que como resultado de su “*participación*” en la segunda guerra mundial, del 50% que representaba la economía norteamericana en 1939 respecto a Europa, Japón y Rusia, en 1946 su poderío económico escaló a un nivel superior a todos ellos juntos. Al propio tiempo se agrega que los 12 países europeos del oeste, de 1935 a 1971, recuperaron 17% de su poder adquisitivo respecto de los Estados Unidos. Aquí también valdría la pena recordar que en el marco de la era industrial, como gran generadora de riqueza y recursos, en 1938 Gran Bretaña tenía una participa-

<sup>41</sup> Fukuyama Francis; *Ob. cit.*, p. 46.

<sup>42</sup> Tocqueville Alexis De; *La Democracia de América*; FCE, 1996; p. 159.

<sup>43</sup> Fukuyama Francis, *Ob. cit.*, p. 9.

ción de su industria mundial de 11%, Estados Unidos del 31%, Alemania del 12%, Francia 5%, Rusia 9%, e Italia 3%,<sup>44</sup> mientras América Latina iniciaba apenas su proceso de substitución de importaciones sin la ayuda de un Plan Marshall aplicado por Estados Unidos en Europa (13,500 millones de dólares en 1947), y manteniendo la defensa de su soberanía ante los embates norteamericanos de posguerra (Cuba, Guatemala, Panamá, El Salvador, etc).

Defender lo indefendible, a lo largo de los siglos, no tiene caso. Fabricar una idea de defensa sobre los errores latinoamericanos tampoco. Descubrir los errores regionales para remediarlos es obligatorio. Pero tampoco resulta muy lúcido buscar debajo de las piedras las razones de la brecha entre América Latina y Estados Unidos o Europa para autodegradarnos. En términos históricos, como ya lo señalamos, lo extraordinario es que no hubiera sido así.

Octavio Paz, con profundo conocimiento de la historia ya alertaba sobre estas confusiones: "Los Estados Unidos – decía – fueron fundados a la inversa del resto de las naciones, no en respuesta a un pasado común, a una tradición, sino por una visión del futuro. Fueron fundados por un mesianismo singular: en contra de la historia. Para los puritanos la historia significaba la herencia romana que pervirtió al cristianismo primitivo; para los "Padres Fundadores" los privilegios y las injusticias de la sociedad jerárquica europea. Los Estados Unidos serían la nueva Jerusalén democrática, construida frente o más bien, contra la historia y con los materiales puros del futuro. Pero la utopía se convirtió en lo que hoy son los Estados Unidos: un imperio democrático, es decir, una realidad social con todos los defectos y cualidades de lo que pertenece a la historia. Desapareció la utopía, no el aislacionismo original. Por esto es tan difícil hablar de un país que espontáneamente mira todo lo que es extraño como algo condenado por la historia. El pasado es, para ellos, el otro nombre del pecado original."<sup>45</sup>

Estados Unidos nace de una "visión de futuro", producto de una emigración "ilustrada" que cargaba como herencia el desarrollo de más de siete mil años de una civilización euroasiática, que durante este largo periodo tuvo la oportunidad de confrontar, corregir y sumar la experiencia de la producción cultural del ser humano. Tenía, de forma importante, los primeros adelantos tecnológicos de una era industrial que le dieron de manera temprana los cimientos de su desarrollo económico en un territorio de enorme riqueza en recursos naturales, donde acabó con todo tipo de posible mestizaje a través del exterminio de las poblaciones originales. De forma contundente, traía consigo la innovación militar, la cual le hizo opinar a F. Hegel que: "No existía en América un Estado colindante con el que Estados Unidos hubiera podido sostener el tipo de relación que prevalece entre las naciones europeas, un Estado al que hubiera tenido que ver con desconfianza y contra el que fuera necesario tener listo un ejército. Canadá y México no representan ninguna amenaza real."<sup>46</sup>

<sup>44</sup> Kennedy Paul; *Auge y Caída de las Grandes Potencias*; Plaza y Valdez Editores, 1994; p. 326.

<sup>45</sup> Paz Octavio; *Ob. cit.*, p. 192.

<sup>46</sup> Oropeza García Arturo, *América del Norte en el Siglo XXI*; *Ob. cit.* p. 16.

Los Estados Unidos provenían de una disputa donde Francia derrotó a la Monarquía española en 1808, y donde a su vez Inglaterra había resuelto la hegemonía del siglo XIX al derrotar a Napoleón en 1815 en la Batalla de Waterloo. Estados Unidos e Inglaterra son dos caras de la misma moneda que tuvieron como cuna la civilización euroasiática y la Revolución Industrial del siglo XVIII, que inicia precisamente en Inglaterra.

Por ello, en el obligado ejercicio de imaginar a Latinoamérica a 200 años de su origen, el hacerlo de manera general con los raseros de Europa Occidental o de Estados Unidos, es un ejercicio equivoco al comparar lo no comparable desde el punto de vista histórico. Por otro lado, el realizar este tipo de reconocimiento en ningún momento se vuelve una declaración de minusvalía para una región que mientras lucha por alcanzar niveles sustentables de desarrollo político y económico, a lo largo de dos siglos ha venido dando claros ejemplos de ser contemporánea en el mérito a cualquier otra región o país del mundo.

Latinoamérica, como región, aún no se acostumbra a la conjugación de su historia. Sigue confundiendo la idea de su presente con la ignorancia o el menosprecio de su pasado, y a veces busca su futuro bajo el olvido de su realidad. En este sentido no existe un sola Latinoamérica, sino que se conjugan en el tiempo diferentes versiones entre una generación que no recuerda de donde viene, en su prisa por llegar a su porvenir.

Las culturas dice Paz, son realidades que resisten con inmensa vitalidad a los accidentes de la historia y del tiempo. En ese sentido, Latinoamérica debe acabar de exorcizar a los demonios que habitan todavía en los recuerdos de su historia y reconocerse en el espejo de su pasado, el cual se conjuga en una multiplicidad de razas con las cuales se ha construido el latinoamericano moderno. Indios, negros, blancos, criollos, etc., todos por igual ya son parte de una región que a pesar de sus dudas existenciales de juventud, desde el exterior se le mira como una geografía de innegable identidad. La ascendencia indígena, la herencia española y portuguesa, la migración europea y africana, todas ellas son parte ya del nuevo genoma latinoamericano, que en cuanto a su proceso de integración no es lejano al de otras regiones del mundo. Finalmente, la superposición de razas a través de la hegemonía o la circunstancia, es la larga historia de una realidad global que en materia de mestizaje no ha tenido reposo. Dice Paz que no podemos avanzar en el conocimiento de nuestra historia si no entendemos esto.

La idea de Latinoamérica tal vez no pueda tocarse con las manos como también dice Paz; pero como el mismo sugiere, debe abordarse con "la mente". Steiner cuando habla sobre su idea de Europa, evoca orgulloso la calidez de sus cafés, centros culturales generadores de ideas; sus interminables calles con nombres de artistas y poetas; de sus caminos amigables, hechos a la medida de los pies. En este sentido, ante la idea de Latinoamérica acude rápidamente al llamado los colores de sus calles, los olores de su cocina, los versos de sus poetas universales, la música de sus canciones, la amabilidad de su gente, los ritos de sus creencias y el canto de su lenguaje. A lo latinoamericano no la definen los acuerdos limitados de sus dirigentes; los escasos resultados de sus integracio-

nes; la poca capacidad pública demostrada de manera casi general en las últimas décadas por sus clases gobernantes. Se encuentra en la fraternidad de sus gentes, en la solidaridad de sus pueblos frente a las adversidades, en la cotidianidad de sus costumbres, en su perseverancia por sus libertades, en su cansancio por su pobreza, en su hartazgo de la injusticia y falta de rumbo de sus dirigentes. El proceso de construcción de la región de América Latina ha sido y seguirá siendo un “perpetuo movimiento y cambio continuo”. Como región joven está obligada a seguir trabajando en la construcción de su cuerpo político y económico, así como en los atributos de su identidad.

### III. Comentario final

Ante el falso debate si debemos festejar, celebrar o conmemorar el Bicentenario de América Latina y la independencia de nuestros respectivos países, el primer paso al que estamos obligados ante el encuentro de estos doscientos años de vida independiente, es reconocer y con ello honrar a todos los cientos de miles de latinoamericanos, en nuestro caso mexicanos (e incluso no americanos como es el Batallón de San Patricio), que tuvieron un momento de compromiso con su tiempo, con la libertad, con una nueva patria que nacía; y por ello se arriesgaron a la muerte. En medio de nuestra orfandad como sociedad, lo que menos podemos permitirnos es el lujo de escamotear a todos aquellos que nos antecedieron el mérito de lo realizado; el reconocimiento de lo construido.

Hoy no celebramos lo que se ha hecho por la presente generación, pletórica de pasivos por saldar; “celebramos”, o sea alabamos, aplaudimos y reverenciamos, a todas esas vidas que se rompieron hace dos siglos, a lo largo del siglo XIX, por consolidar una intuición de libertad que derivó en la construcción de los Estados Nacionales Latinoamericanos. Los “festejamos” también, o sea, los recordamos con fiestas en su honor, porque es una expresión de alegría y agradecimiento que se corresponde con la idiosincrasia del pueblo latinoamericano. Y de igual modo los “conmemoramos”, o sea, realizamos la memoria de su recuerdo, porque no queremos ser una sociedad vacía, cínica; a la que su falta de memoria le hipoteque las posibilidades de su futuro.

No podemos incurrir en el ocultamiento del mérito ajeno, por la falta del mérito propio. No debemos confundir los festejos de las generaciones que nos antecedieron hace 200 años, con la escasez de resultados económicos, políticos y sociales de los últimos tiempos.

Pertenecemos a una sociedad insatisfecha que no esta a gusto con lo obtenido y en esa insatisfacción todos estamos comprometidos con los diferentes retos que nos encara el futuro. Pero dentro de ese malestar no es conveniente olvidar que los Estados Latinoamericanos son apenas una breve expresión del tiempo histórico de la sociedad universal. Que a diferencia de aquellos países europeos y asiáticos que les llevó milenios su lucha por arribar a un Estado moderno de

convivencia política sustentable; las naciones latinoamericanas continentales, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx han ido concretando por diversos caminos su arribo a la democracia y a la modernidad. No caigamos como dice Eliot, en la nueva forma del provincianismo, el cual nos aleja del análisis integral de nuestro tiempo y nos reduce a la inmediatez del momento que vivimos. Al respecto señala el escritor norteamericano “esta naciendo una nueva especie de provincianismo, que quizá merezca un nombre nuevo. No es un provincianismo espacial sino temporal, un provincianismo cuya historia es la mera crónica de las invenciones humanas que sirven en su momento y fueron desechas, un provincianismo para el cual el mundo es propiedad exclusiva de los vivos, sin participación alguna de los muertos”.<sup>47</sup>

No es conveniente para nadie generar sofismas de explicación para defender el atraso político-económico de la mayoría de los países de Latinoamérica. Pero tampoco son útiles las teorías de la autoflagelación que con una falta de perspectiva histórica en cuanto a lo que han logrado otras regiones y otros países en miles de años, los equiparan con los resultados obtenidos en menor tiempo por América Latina.

Festejemos pues a nuestros héroes; celebremos con alegría nuestras gestas libertarias; conmemoremos dentro de esa amplia memoria regional a aquellos que dejaron su vida en ese largo camino del nacimiento de América Latina y de aquellos que tuvieron los sueños de su integración. No les reclamemos su cualidad de generar sueños. Lamentémonos hoy, nosotros, nuestra falta de capacidad y madurez para llevarlos a cabo.

Finalmente aceptemos el consejo siempre oportuno de Octavio Paz cuando dice “Es mucha soberbia condenar a nuestros antecesores; no solo necesitan nuestro juicio, adverso o favorable, sino nuestra piedad. Y piedad significa simpatía”.<sup>48</sup>

## VI. Bibliografía

- Busaniche José Luís; *Bolívar visto por sus contemporáneos*; F.C.E., 1995; p. 177  
 Cockcroft D. James ; *América Latina y Estados Unidos*; Siglo XXI, 2001.  
 Gran Enciclopedia; Ediciones Yinor, Madrid, 1967.  
 González Uribe Héctor; *Teoría Política*; Editorial Porrúa, 1972.  
 Kapuscinski Ryszardi; *Viajes con Herodoto*, Anagrama ,2004.  
 Kennedy Paúl; *Auge y Caída de las Grandes Potencias*; Plaza y Valdez Editores, 1994.  
 Linch John; *Simón Bolívar*; Crítica, 2006.  
 López Portillo T Felicitas (coordinadora); *Bajo el Manto del Libertador*; Secretaría de Relaciones Exteriores; México, 2004.

<sup>47</sup> Kapuscinski Ryszardi; *Viajes con Herodoto*, Amagrama, 2004; p. 304.

<sup>48</sup> Paz Octavio; *Ob. cit.*, pp. 200-205.

- Magariños Gustavo; *Integración Económica Latinoamericana*; Tomo I. Nueva España Ilustrada; Espasa, 2001.
- Oropeza García Arturo (coordinador); *México-Mercosur*; Instituto de Investigaciones jurídicas, 2007.
- Oropeza García Arturo, *América del Norte en el siglo XXI*; Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2010.
- Oropeza García Arturo; *China-Latinoamérica*; Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2008.
- Paz Octavio; *Itinerario*; FCE, 1998.
- Pérez Vejo Tomás; *Elegía Criolla*; Tusquets, 2010.
- Pirenne Jacques; *Historia Universal*; Las Grandes Corrientes de la Historia; Tomo I.
- Raymont Henry; *Vecinos en Conflicto*; Siglo XXI, 2007.
- Santana Adalberto y Guerra Vilaboy Sergio; *Benito Juárez en América Latina y el Caribe*; UNAM, 2006.
- Skidmore E. Thomas y Smith H. Peter; *Historia Contemporánea de América Latina*, Crítica, 1992.
- Skinner Quentin; *Los Fundamentos del Pensamiento Político Moderno*; F.C.E. 1993.
- Suárez Luís; *La Europa de las Cinco Naciones*; Ariel, 2008.
- Tocqueville Alexis De; *La Democracia en América*; FCE, 1996.
- Volpi Jorge; *El Insomnio de Bolívar*; Debate; México, 2009.
- Zuleta María Cecilia; *Los Extremos de Hispanoamérica*; Secretaría de Relaciones Exteriores; México, 2008.